ABRIÓ SUS ALAS

Donde habitaba el rito de la sumisión
emergían paisajes planos, huérfanos de luz,
y allí, arrogantes, le exigían
pleno acatamiento y pleitesía sin fin.

De sol a sol navegaba en las procelosas aguas de la ansiedad,
en búsqueda continua de la perfección.
Ellos, con su verdad única, trascendían al bien y al mal.
Lo demás no importaba, estaba fuera de lugar.

Nunca fue el más fuerte.
Las lágrimas que brotaron en las largas noches de impotencia
fueron sepultadas bajo el manto cómplice de la oscuridad.
Silencio. Estaba advertido. Ese era el pacto sombrío.
Su triste peaje. Su callado arancel.

Ojerosa, su mirada en el espejo comprendió
que era urgente abandonar el bosque
y correr hacia la mar.

Los dioses, desde su atalaya, reclamaban humana devoción
pero, cuando se sentían confusos, lloraban por los caminos,
esparciendo su pena universal.

Él no compró parcelas en el cielo,
simplemente deseó sentir el frescor de la brisa en su piel,
aspirar hondo, muy hondo, el olor a sal
y abrir sus alas sin miedo a volar.

“Por el polvo eterno de los caminos” (2022 -)

Jesús Claver Giménez